

¡Cómo es de desear que todos los miembros de la Fraternidad tengan sed de la vida contemplativa, de esta mirada simple y ardiente a la Cruz de Jesús; que todos adquieran el espíritu de oración, de vida interior, a imagen de Nuestro Señor mismo, que vivió treinta de sus treinta y tres años en el alejamiento del mundo!

Los efectos del Espíritu de Amor, que se manifestó en la Cruz y continúa manifestándose en el altar y en la Eucaristía, tienden a alejar al alma del mundo, a hacerle despreciar las cosas pasajeras y materiales, para aferrarla a las eternas y espirituales. El alma siente un gran horror al pecado, una contrición profunda de sus faltas y un deseo inmenso de expiar por sí misma y por los demás.

La contemplación, al ser una mirada de amor a Jesús crucificado y glorificado, pone al alma en las manos de Dios: «*In manus tuas commendo spiritum meum*» (Lc. 23 46). Esto sólo se realiza por un completo abandono de nuestra voluntad en las manos de Dios, es decir, por una obediencia consumada a su santa voluntad; voluntad significada por Dios y por los que participan legítimamente a su Autoridad y usan rectamente de esta participación; voluntad de beneplácito que Dios mismo nos hace conocer a través de los acontecimientos de nuestra existencia: enfermedades, pruebas...

5º Espíritu apostólico.

La Fraternidad ofrece además a sus miembros una estructura, un reglamento, una vida de comunidad, que les asegura un **verdadero apostolado** por medio de una feliz armonía entre el apostolado esencial, espiritual, y la acción apostólica exterior. Este fue el deseo de todos los fundadores de Ordenes o de Congregaciones apostólicas, conforme a lo que hacían los mismos Apóstoles: «*Con esto podremos emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra*» (Act. 6 4).

El celo que no mantiene el equilibrio y el lazo entre los dos apostolados, el interior y el exterior, es un falso celo, un celo humano, que no es humilde, porque se apoya en las cualidades y dones humanos. Los que practican este celo humano se exponen a crueles decepciones, a desalientos, irritaciones e impaciencias. Su apostolado no traerá fruto, por no tener ya un origen sobrenatural, y pronto ellos mismos estarán dispuestos a abandonarlo todo.

Contemplación, obediencia, humildad, son los elementos de una misma realidad: la imitación de Jesucristo y la participación de su amor infinito. ¡Ojalá estuviéramos animados de estos sentimientos! Entonces, sea cual fuere el apostolado que se nos confíe, o el resultado de nuestros esfuerzos, tendremos el consuelo de compartir las alegrías y las penas de Nuestro Señor, que nos hará compartir su paz y su serenidad. Tal es y será siempre el secreto de la fecundidad del apostolado sacerdotal.

50º aniversario de la FSSPX Espíritu de la Fraternidad San Pío X

*Al cumplir la Fraternidad su décimo aniversario (año 1980),
Monseñor Lefebvre redactó cinco artículos para definir y describir
lo que puede llamarse el **espíritu de la Fraternidad**.
Extractamos aquí los principales párrafos.*

Reconocida por la Iglesia como Sociedad Sacerdotal de vida común sin votos, nuestra Fraternidad se injerta en el tronco de la Iglesia y recibe su savia de santificación de la más auténtica tradición de la Iglesia y de las fuentes vivas y puras de su santidad.

En tiempos normales, la fundación y el desarrollo de nuestra Fraternidad hubiesen pasado desapercibidos entre tantas congregaciones florecientes y fecundas en frutos maravillosos. Pero hoy, la esterilidad y los frutos amargos de la mayoría de esas ramas contrastan con el vigor de las ramas tradicionalistas. Por eso, la situación de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X en la Iglesia le otorga un lugar particular, bien comprendido por los fieles que en su conjunto manifiestan claramente su deseo de ser evangelizados y santificados por la Fraternidad o por sacerdotes que están de acuerdo con ella.

Este lugar de la Fraternidad en la Iglesia tiene una importancia considerable, pues hace legítima su continuidad y el mantenimiento de su apostolado en la línea inalterable de su fundación aprobada por la Iglesia. Muy provechoso será, pues, definir nuestra Fraternidad, ya que ella representa, por la gracia de Dios, una esperanza para la Iglesia y para las almas.

1º Espíritu de la Iglesia.

El espíritu de la Fraternidad es ante todo **el espíritu de la Iglesia**; y por lo tanto todos sus miembros, sacerdotes, hermanos, hermanas, oblatas, terciarios, se esfuerzan por conocer cada vez mejor el Misterio de Cristo, tal como lo describe San Pablo en sus epístolas, especialmente en las dirigidas a los Efesios y a los Hebreos. Descubriremos entonces lo que ha guiado a la Iglesia durante veinte siglos, y comprenderemos la importancia que otorga al Sacrificio de Nuestro Señor y, por consiguiente, al Sacerdocio. Profundizar este gran misterio de nuestra

fe que es la Santa Misa, tener por él una devoción sin límites, ponerlo en el centro de nuestros pensamientos, de nuestros corazones, de toda nuestra vida interior, será vivir del espíritu de la Iglesia.

El espíritu de la Iglesia está igualmente orientado hacia las cosas divinas, sagradas. Ella forma al dador de las cosas sagradas, al «**sacerdos**», esto es, «*sacra dans*»; al que realiza las acciones santas y sagradas, «**sacrificium**», es decir, «*sacrum faciens*». Ella pone en sus manos «*consagradas*» los dones divinos y sagrados, «**sacramenta**», los sacramentos. La Iglesia consagra y da un carácter sagrado a los bautizados, a los confirmados, a los reyes, a las vírgenes, a los caballeros, a las iglesias, a los cálices, a las piedras de altar, y todas estas consagraciones son realizadas en la irradiación del Sacrificio de Nuestro Señor y en la misma persona de Jesús.

La Fraternidad, inmersa en el ambiente de nuestras actuales sociedades laicizadas, se consagra a manifestar a Nuestro Señor Jesucristo resucitando el verdadero espíritu de la Iglesia, Esposa mística de Nuestro Señor, y volviendo a poner en honor a las personas consagradas y las cosas sagradas. Una de las características de la Fraternidad será la de mostrarse respetuosa con las almas bautizadas, y de tratar con respeto todas las cosas sagradas, en particular todo lo que concierne a la Acción Sagrada por excelencia: el Santo Sacrificio de la Misa. Por eso, evitaremos dejarnos llevar por esa corriente de vulgaridad y de grosería, fruto de la desacralización. El respeto de nosotros mismos y de los demás será un distintivo particular del verdadero espíritu de la Iglesia.

2º Espíritu litúrgico.

Los miembros de la Fraternidad, profundamente convencidos de que la fuente de vida se halla en Cristo crucificado, y por lo tanto, en el Sacrificio que El nos legó, descubrirán con creciente gozo que la Esposa mística de Nuestro Señor, nacida del Corazón traspasado de Jesús, no tiene mayor empeño que transmitir este precioso testamento, con una magnificencia inspirada por el Espíritu Santo. Este gran misterio, sol de nuestra fe, la Iglesia nos lo transmite en su Liturgia, en la que, como una Madre, nos desvela las riquezas infinitas de este misterio a través de las acciones, palabras, cantos, ornamentos litúrgicos, distribuidos según el admirable ciclo litúrgico.

Deseosa de vivir este misterio, la Fraternidad se consagra con celo al conocimiento de la Liturgia, y se esfuerza por realizarla en toda su belleza y esplendor. «*Domine, dilexi decorem domus tuæ*» (Sal. 25 8). El espíritu de la Fraternidad es un **espíritu litúrgico**.

De ahí vienen los esplendores de la Liturgia, que canta a Jesús crucificado y resucitado. La Iglesia ha sabido presentarnos y hacernos vivir estos misterios de un modo verdaderamente divino, que cautiva los corazones y eleva las almas. Todo lo ha dispuesto con un amor de Esposa fiel y de Madre misericordiosa. Todo es motivo de edificación en los lugares sagrados, en las ceremonias, en los ornamentos, en los cantos, en la elección de las oraciones del Misal, del Breviario, del Pontifical y del Ritual.

Los miembros de la Fraternidad, apegados a esta espiritualidad de la Iglesia grabada en las piedras y en los libros litúrgicos tradicionales, se esforzarán no solamente en aplicarse a sí mismos estos principios de vida espiritual, sino también en descubrir sus maravillas a los fieles. Las consecuencias de este amor a la Liturgia se manifestarán en el cuidado vigilante de la belleza y de la limpieza de los lugares sagrados, del ajuar de altar, y de los objetos destinados al culto. Se manifestarán también en la belleza de las ceremonias y de los cantos, en la regularidad y la recitación edificante del Oficio divino.

Si la Liturgia es ante todo alabanza de la Santísima Trinidad, ofrenda y Sacrificio, fuente de vida divina, es también la catequesis más viviente y eficaz. ¡Bienaventurados los fieles que tienen sacerdotes con almas prendadas de la Liturgia de la Iglesia!

3º Espíritu sacerdotal.

El espíritu de la Fraternidad es el espíritu de la Iglesia, espíritu de fe en Nuestro Señor Jesucristo y en su Obra de Redención. Por eso mismo, es esencialmente un **espíritu sacerdotal**, iluminado por la irradiación del Sacrificio redentor del Calvario y de la Misa, «*Misterio de la Fe*»; ya que el sacerdote está en el corazón de esta Obra divina de regeneración y divinización de las almas para su glorificación futura. Todos sus pensamientos, aspiraciones y acciones deben estar inspiradas por este espíritu de fe.

Toda la Escritura está orientada hacia la Cruz, hacia la Víctima redentora y radiante de gloria; toda la vida de la Iglesia está vuelta hacia el altar del Sacrificio y, por lo mismo, su principal solicitud es la santidad del Sacerdocio. Tales son también las convicciones fundamentales de la Fraternidad, que consagra todos sus esfuerzos a la formación de los futuros sacerdotes; ésta es la preocupación de los prioratos, de las escuelas, y sobre todo de los seminarios.

4º Espíritu contemplativo.

El acercamiento a Dios en su Sacrificio redentor ha de producir en las almas de los miembros de la Fraternidad los mismos efectos, guardadas las debidas proporciones, que han experimentado las almas privilegiadas que han recibido los estigmas de Nuestro Señor. Son los **aspectos contemplativos**: deseo ardiente de oblación total como víctima en unión con la divina Víctima, amor de Dios y de Nuestro Señor hasta el sacrificio de sí mismo, abandono total a la santa voluntad de Dios, unión ardiente con el Corazón traspasado de Nuestro Señor.

Por eso la Iglesia ha estimulado siempre las órdenes contemplativas, y las ha colocado en el primer rango de las Sociedades religiosas. «*Maria optimam partem elegit*» (Lc. 10 42). Ella insiste también en la oración del sacerdote, en su breviario, en su meditación diaria. Pero es evidente que, más allá de ser para él una obligación oficial prescrita por el Derecho Canónico, lo que la Iglesia desea es que el alma del sacerdote sea enteramente de Jesús, y realice los cuatro fines de la oración: la alabanza, la acción de gracias, la súplica y la propiciación.